

SONDEO EN TORNO AL PECADO EN LA ADOLESCENCIA

INTRODUCCION.

Toda época de transición es crítica y problemática. Su ser más íntimo es el dinamismo y la tensión hacia algo. Si la evolución es progresiva se orienta hacia una mayor complejidad, mientras ahonda su conciencia de sí. La mayor complejidad trae problemas nuevos, situaciones inusitadas. Y el acrecentamiento de la interioridad agudiza estos problemas y rompe el equilibrio del sujeto.

La adolescencia es un período de transición. El desarrollo sicosomático del adolescente comporta un desenvolvimiento de su espíritu reflexivo, favorecido por el descubrimiento de la propia individualidad. Para el adolescente sólo existen dos mundos: el de la infancia y el de los adultos. Con satisfacción se siente desligado, por fin, de la infancia. Nace en él la necesidad de incorporarse de manera activa a la sociedad. Favorecen esta eclosión su crecimiento orgánico y afectivo, y el deseo de afirmar su incipiente personalidad. La exteriorización o socialización, y su interiorización polarizan su personalidad. El dualismo, el balanceo, la ambivalencia serán como notas típicas de su carácter en formación.

Todo ello, junto con el despertar de su espíritu crítico y de su erotismo sexual suele originar en el adolescente la crisis religiosa (silenciando otras como la crisis familiar, escolar y la social). Pero ¿en qué estriba esta crisis religiosa? ¿Cuáles son sus causas y leyes de acción? ¿Qué valores sufren, frente a otros que se descubren o consiguen la hegemonía? ¿Qué sentimientos dominan? ¿Qué actitudes adoptan? Incógnitas que, como educadores, debemos conocer y calibrar, para orientarles adecuadamente. Sólo podemos obtener la solución abordando su intimidad y elaborando sus respuestas a la luz de la Pastoral.

Cuatro factores forman el cañamazo de la religiosidad, según E. Mencía: Factor I: Actuación apostólico-eclesiástica. Factor II: Teórico-actitudinal. Factor III: Vivencial-práctico-concreto. Factor IV: Institucional, formal, objetivo¹

¹ E. MENCIA, F. S. C., *La religiosidad de nuestros jóvenes en un momento crítico*, CSIC, Madrid, 1962, cap. III.

En este sondeo nos hemos ceñido a captar parte de la problemática que brota del pecado, concepto saturado del factor vivencial-práctico-concreto. Sin duda, se trata de la zona en que la crisis religiosa del adolescente adquiere más violencia. Una de las primeras curiosidades del adolescente desemboca en la triste experiencia del pecado. La importancia de su estudio acrece, si pensamos que no se trata de actos solamente, sino de un estado y una psicología peculiar. Las relaciones con Dios, la fe en el más allá, la seguridad en sí mismo, la abertura a los demás... sufren las consecuencias de la crisis religiosa que gira en torno al pecado. El cristiano adulto se forja, al superar rectamente este período tan fluido y sinuoso. De ahí la trascendencia de una debida y adecuada orientación. Orientación tan necesaria como difícil.

No pretendemos aportar soluciones, sino tan sólo iniciar la roturación. Ofrecemos este trabajo como insignificante contribución al estudio más amplio y profundo del problema. Forzosamente nos hemos tenido que limitar a un sector de la adolescencia masculina. Bien reducido en verdad, pero el más cercano a nuestra labor educadora.

1.º PRESENTACION DE LA ENCUESTA.

Para poder ayudar, orientar y formar al adolescente en su vida moral se impone un conocimiento adecuado de su mundo interior.

Con este fin concebimos la encuesta-sondeo, cuyos resultados presentamos en estas líneas. Nos hemos limitado a auscultar un aspecto concreto de la religiosidad de los adolescentes. Quizá el de mayor importancia en esta edad, a través del cual podemos columbrar las restantes facetas de su vida espiritual.

La encuesta va dirigida a alumnos de 5.º de Bachillerato. Edad media: quince años. Al constituir estos muchachos la cumbre de la adolescencia, creímos nos daría a conocer fácilmente la tónica espiritual en la que se desenvuelve.

Todavía limitamos más nuestra investigación, al enviarla a colegios de religiosos. Los chicos, es de creer, no han carecido de la adecuada formación². Y su constelación familiar responde, en general, a la clase media con cierto nivel económico. Estas características es preciso tenerlas constantemente en cuenta, para explicarse ciertas respuestas que no manifiestan la situación de otros adolescentes, como los obreros, los rurales, los alumnos de escuelas oficiales, y mucho menos los de otras naciones.

Hemos distribuido las encuestas por toda la geografía española: Barcelona, Bilbao, Córdoba, Madrid, Santander, Santiago de Compostela, Seo de Urgel, Valencia, Valladolid y Zaragoza.

El tema de la encuesta suscitó vivo interés. De los 11 centros que la recibieron, 10 las cumplimentaron debidamente. De un total de 330 protocolos recogidos, utilizamos 300.

² El 27 por 100 posee Director Espiritual y el 45 por 100 confesor fijo.

- () Aunque estoy convencido de que, llegada la ocasión, la voluntad es débil y algo hay que condescender, en principio mi actitud es de luchar cuanto pueda por evitar el pecado.
- () Yo creo que siendo tanta la atracción del pecado y tantas las ocasiones de cometerlo sería violento adoptar una actitud de lucha demasiado tensa. Hay que ser un poco condescendiente. Con confesarse luego está todo arreglado.
- () Creo que no hay por qué adoptar ninguna actitud de lucha ante el pecado. La naturaleza tiene sus exigencias y el no satisfacerlas crearía un estado de tensión contraproducente y antinatural.

13.—Después de haber pecado se puede reaccionar de muy diversas maneras. He aquí algunos tipos de reacción. ¿Cuál haces tuyo?

- () Sentir arrepentimiento y deseo de salir del pecado siempre que se caiga en él, no resignándose nunca a permanecer, aunque difiriendo el hacerlo por algún tiempo.
- () Arrepentirse sinceramente todas cuantas veces se tenga una debilidad y proponerse salir inmediatamente del pecado.
- () Sentir arrepentimiento y deseo de salir del pecado, pero sentir al mismo tiempo gran dificultad para realizarlo y diferirlo por algún tiempo, acumulando pecados entre tanto. Ya uno más o menos, ¿qué más da?
- () Quedarse indiferente, sin sentir el arrepentimiento.
- () Sentir algún arrepentimiento y deseo de salir del estado de pecado, pero no decidirse a ello por carecer del propósito de romper con el mal hábito o dejar de pecar en lo sucesivo, viviendo en esa situación.

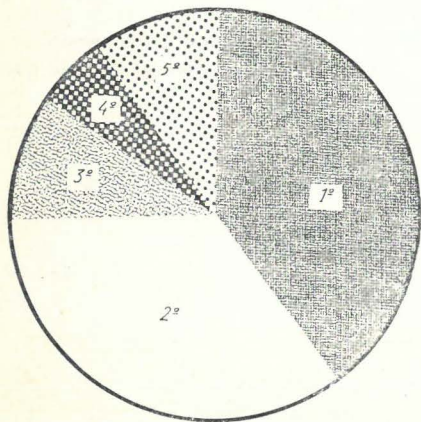
En las siguientes preguntas, rodea el número que convenga. El 3 representa lo mucho; el 2, lo de grado intermedio; el 1, lo poco; el 0 equivale a no, a nunca o a nada.

- 14.—¿Sientes aborrecimiento y odio al pecado? 3 2 1 0
- 15.—¿El pecado te produce desasosiego, inquietud y arrepentimiento religioso? 3 2 1 0

(Añade cuanto desees sobre el tema del pecado en un joven de tu edad.)

2.º REACCION INTELECTUAL ANTE EL PECADO.

Quando oyes hablar del pecado, ¿qué es lo primero que te viene a la mente?



- 1.º **Temor al infierno (39 por 100).**
- 2.º **Ofensa a Dios (35 por 100).**
- 3.º **Rebaja nuestra naturaleza (10 por 100).**
- 4.º **Infracción de la ley (6 por 100).**
- 5.º **Mezclan (10 por 100).**

CUADRO I.—REACCIÓN INTELECTUAL ANTE EL PECADO

La pregunta se encamina a pulsar la mentalidad de los muchachos sobre el pecado. No interesa la definición libresca y memorística, sino lo que su inteligencia ha captado e integrado en su modo de pensar. Así quedaba más patente el fruto de la catequesis sobre el pecado. Catequesis que no podemos reducirla a la explicación de religión. A través de las reflexiones, a tiempo y destiempo, en frases que nos caen de la boca, al hablar de literatura, política o ciencias..., hemos formado su mentalidad sobre el pecado.

La encuesta nos revela una mentalidad polarizada en el tema del infierno (39 por 100). Esta polarización la encontraremos de nuevo entre «los medios que más les ayudan a conservarse en gracia» y entre «los sentimientos dominantes después del pecado». Es significativo que entre los preuniversitarios y los universitarios se haya encontrado la misma tendencia³.

Este hecho presenta claramente la vertiente fácil de nuestra predicación y la superficialidad del catolicismo de nuestra juventud. No se trata de hablar menos del infierno, sino de insistir más en el aspecto personal, eclesial y sobrenatural del pecado.

Por otra parte, el doliente está bien dispuesto y siente la necesidad de una relación personal, vivida, con Dios. Su necesidad de cariño y apoyo, su personalidad naciente y el afán de autenticidad juegan en ello papel primordial. De ahí que debiera ser normal que intuyeran el sentido más cristiano del pecado: «ofensa personal a Dios que nos aleja de El». Esa trascendencia en su religiosidad es la constante que se refleja en cada una de las respuestas: 35 por 100.

El 10 por 100 mantiene una visión naturalista del pecado. Este porcentaje se elevará considerablemente (45 por 100) ante los sentimientos naturales que experimentan después de pecar. ¿Existe un desfase entre la reacción intelectual ante el pecado y los sentimientos posteriores? Parece que no. Pues ese 45 por 100 brota, sin duda, del temor del infierno que antes hemos apuntado (39 por 100) y del 10 por 100 correspondiente a la reacción intelectual naturalista. El paralelismo es más evidente si consideramos que el sentimiento natural subsiguiente al pecado que tiene mayor porcentaje es el «temor» o «el miedo» (17 por 100).

Es paradójico que sólo un 6 por 100 reconozca el pecado como una infracción de un mandamiento de la ley de Dios, cuando es la definición que vienen estudiando en los catecismos y en los libros de texto. Claramente, la visión legalista de la religión parece hacer poca mella en sus categorías mentales. ¿No se impone, pues, una revisión en este punto, más acorde con su psicología y con la doctrina evangélica y paulina?⁴.

³ «El resultado señala que el motivo de mayor peso e influencia es el temor al infierno, con un índice porcentual de proporcionalidad de 100; el segundo lugar corresponde al pesar de la ofensa hecha a Dios, con un índice de 96; el tercero, al temor de perder el cielo, con un índice de 86; en cuarto y quinto lugar vienen, respectivamente, el temor a las consecuencias del pecado sobre la salud corporal, con un índice de 56 y la fealdad natural del pecado o el deshonor que lleva consigo, con un índice de 47». E. MENCIA, O. c., p. 215.

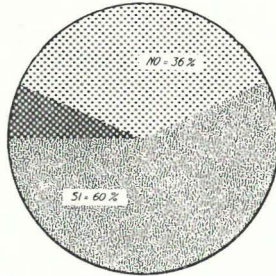
⁴ El 10 por 100 de los que mezclan se reparte del siguiente modo: ofensa a Dios y temor del infierno 5 por 100; ofensa a Dios que rebaja la naturaleza 3,1 por

3.º OCASIONES DE PECAR EN LA VIDA DE ESTUDIANTE.

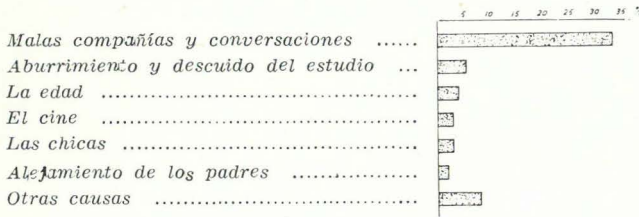
En tu vida de estudiante, ¿encuentras con frecuencia ocasión de pecar?

SI
No

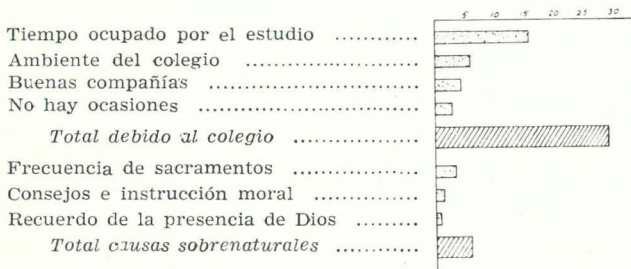
¿A qué es debido?



CUADRO II.—ENCUENTRAN OCASIÓN DE PECAR...



CUADRO III.—POR QUÉ ENCUENTRAN OCASIÓN DE PECAR...



CUADRO IV.—POR QUÉ NO ENCUENTRAN OCASIÓN DE PECAR...

100; no responden 1,25 por 100. Quedan algunas menciones sin interés porcentual. Algunos han añadido alguna frase en la línea de puntos que les habíamos dejado. He aquí las más características:

«Que he apartado mi alma de Dios y deseo confesarme.»

«Generalmente, es sobre el sexto mandamiento lo que pienso, y de ello, a la rotura de la pureza.»

«No siempre pienso lo mismo.»

«Caída natural donde todo humano puede caer.»

A juzgar por la totalidad de las respuestas recibidas, la expresión «ocasión de pecar» se ha tomado en la aceptación corriente y exacta usada por los mismos moralistas: «circunstancias, personas o cosas que originan en nosotros tendencia práctica al pecado».

Nos interesaban dos aspectos que ciertamente han sido bien captados y diferenciados por los chicos: la circunstancia general «**en tu vida de estudiante**» y la **frecuencia** de esas ocasiones.

La edad.

Bajo este epígrafe agrupamos las razones aportadas por los alumnos que hacen referencia a la edad que están atravesando (quince años). Saben que este período de su vida coincide con el despertar de las pasiones. Lo reconocen teórica y prácticamente.

«Es debido a que estamos en una edad propicia para ello.»
 «... A que pasamos una edad peligrosa en la cual se nos abren con más malicia los ojos y los sentimientos carnales.»
 «En la edad crítica que son los catorce y quince años siempre pasa esto.»

Son 13 (4,3 por 100) los alumnos que aducen esta causa. Pero apuntan la misma razón otros 23 muchachos (7,6 por 100) en el último apartado de la encuesta en el que se dejaba margen para las opiniones o sugerencias personales. Sus pensamientos ahí son de sumo interés.

«Yo creo que sin el pecado la juventud no sería lo que es. La juventud es una época de lucha, de oscilación entre el pecado y la santidad, excepto algunos casos. La juventud debe ser una continua diversión sana, pero este tipo de diversión es precisamente el que no nos gusta.»
 «La caída en el sexto mandamiento es lógica; por lo menos de los catorce a dieciséis años, y muy disculpable.»
 «Es nuestra edad la más difícil para vencer el pecado. ¡Hay tantas ocasiones!»

Estas afirmaciones tan serias y sentidas nos obligan a considerar de paso el aspecto psicológico y somático, sobre el que incide la moral del pecado (léase castidad). Durante la adolescencia, fase de desenvolvimiento de la personalidad, se da una ausencia de fuerzas reguladoras de la vida emocional e instintiva. Por otra parte, esta inestable personalidad está asaltada por grandes pasiones y por una enorme actividad de la imaginación. A esta situación un tanto caótica hay que añadir que la voluntad no ha conseguido todavía una adecuada madurez, por no ser capaz de evaluar sus propias ideas. Fortalecen este estado psicológico la modificación de las relaciones endocrinas, debido, en particular, a la actividad de las glándulas de secreción interna, tales como la hipófisis, la tiroides, las renales y las glándulas genitales.

La regulación, siempre lenta y problemática, estriba en la aceptación de normas «suprapersonales» tendentes al dominio de sí mismo. En esta autorregulación influye grandemente una orientación precisa de su vida erótica,

en el sentido de una educación del amor. Con todo, se impone el tacto del educador para no amargar al adolescente con un problema moral insoluble, cuando en el fondo, quizá, radique en una leve anormalidad síquica o somática.

Influencia de las compañías.

En la encuesta que tratamos, 14 referencias (3,6 por 100) señalan las buenas compañías como la causa de no encontrar ocasiones de pecar. De éstas, cuatro declaran ser un amigo en particular. Aquí van algunos ejemplos:

«Voy con buenas compañías y procuro, por medio de ellas, rehuir toda ocasión de pecar.»

«Siempre hay buenos compañeros que ayudan o refrenan.»

El ambiente «cuasi familiar» que se crea en la clase, debido a la prolongada convivencia, es semillero de amistades que el educador debe saber encauzar al bien. Más adelante encontraremos a un 5,3 por 100 que ven en las buenas compañías un medio de conservarse en gracia de Dios.

Por otra parte, las malas compañías son la razón más invocada como causa de las ocasiones de pecado. Cincuenta respuestas (16,6 por 100) lo declaran abiertamente. Se añaden a éstas ocho indicaciones más que vienen en la parte final de la encuesta, en la que se dejaba margen al chico para que añadiese lo que le pareciera de interés. Veamos algunas de las respuestas enviadas:

«El que yo encuentre ocasión de pecar es debido a los compañeros, que aunque pocos se extienden como el gusano de la manzana.»

«... es debido a la excesiva frivolidad de los chicos de hoy, que quieren ser hombres antes de tiempo.»

Como resumen de este apartado, ofrecemos la sugerencia final de un chico:

«Creo que lo más influyente, quizá, en la juventud son los compañeros. Si son malos conducen casi siempre al poco voluntarioso por su camino. Si son buenos, hacen mejor al bueno y a menudo convierten al malo.»

Como prolongación del tema de las compañías viene el de las **malas conversaciones**. Y aquí entra todo ese conjunto de expresiones empleadas por los alumnos: conversaciones frívolas e indecentes, comentarios soeces, chistes deshonestos...

El 8,6 por 100 las mencionan. Parece fácil adivinar el tema sobre el que versan. Uno lo dice expresamente:

«Los pecados más frecuentes... son los que van contra el sexto mandamiento, especialmente con las malas conversaciones.»

«Esto es debido al clima que hay entre estudiantes cerrados, o sea, internos. Lo que más abunda es el «mal hablar». Y que en esta edad cuando se oye hacer un pecado, muchas veces se mira tan sólo la parte alegre del cuerpo y no el castigo que recibiremos por haberlo hecho.»

En la cuestión de los pecados más frecuentes, hallaremos otros posibles temas de malas conversaciones aducidas por los encuestados: maledicencias, hablar mal de los profesores o compañeros...

Estudios y disciplina escolar.

El número de los que afirman que no encuentran ocasión de pecar debido a la buena ambientación del colegio es superior a los que sí la encuentran. El 22,3 por 100 de menciones a favor del colegio, frente al 5,6 por 100 en contra del mismo. Estas últimas son, en gran parte, de índole personal. Por ejemplo: el aburrimiento, la pereza, el descuido del estudio. Algunos botones de muestra:

«Algunas veces me distraigo en el estudio y es el momento en que me vienen los malos pensamientos, y si son aceptados, luego pueden venir las obras a solas.»

«Cuando no tengo ganas de estudiar, el modo de distraerme es con malos pensamientos.»

«Si encuentro ocasiones es debido a que tengo algunos fracasos en el estudio, y en ese momento viene la tentación.»

«A que pasé un tiempo, antes de encontrarme cara a cara con Dios en los ejercicios de cuarto, que pecaba sin considerar su gravedad, y casi llegué a enviarme, y aunque hice los ejercicios bastante bien, es muy difícil aguantar y, claro, veo lo malo en seguida en lo que de por sí no tiene nada de ello. Pero generalmente es el ocio el que me provoca.»

Dos respuestas tan sólo están relacionadas con la disciplina del colegio. Una, se refiere a la «falta de vigilancia», y la otra, a la «mala atmósfera que hay en el colegio». Son unidades.

Pasamos ahora a reseñar aquellas respuestas que señalan el colegio como ayuda extraordinaria y eficaz, y como causa de la ausencia de ocasiones de pecar.

Trece respuestas (4,3 por 100) mencionan el estudio y la ocupación constante como razón que les hace evitar las ocasiones de pecado. A éstas habría que añadir otras 23 que afirman «no quedar tiempo» para tales ocasiones. La causa es que el estudio les absorbe. Veamos algunos ejemplos.

«No encuentro ocasiones debido a que durante algunas semanas estoy tan preocupado por el estudio que aun en los momentos de distraerme pienso en él.»

«No tengo muchas ocasiones debido a que estudio bastante y el tiempo de clase es mucho.»

«Estoy distraído con los juegos y estudios y no tengo tiempo.»

He aquí un medio de eficacia extraordinaria que es preciso saber aprovechar. Para ello, se hace necesaria la dirección en los estudios por parte del educador cristiano. Y no sólo en orden a la consecución brillante de resultados académicos, sino, además, la orientación sólida y constante, que les eleve espontáneamente de lo natural a lo sobrenatural. Los santos pedagogos han soñado y realizado la escuela como el templo en que el alumno puede ejercer su sacerdocio espiritual, santificándose y ofreciendo a Dios sus estudios. Dos testimonios textuales:

«... y además porque en los estudios se encuentra uno muy cerca de Dios.»

«Yo creo que es debido a que si uno es buen estudiante tiene bastante con preocuparse de los propios estudios y de sus tareas en casa y no distraerse en otras cosas. De esta manera, además de santificarse uno, encuentra menos ocasiones de pecar.»

La cuarta parte de los alumnos de quinto de Bachillerato que contestan a nuestra encuesta son internos. De los 78 internos, siete no responden a esta pregunta y 17 dan una respuesta de la cual no se puede conjeturar nada sobre este aspecto concreto.

Entre los restantes, 22 (7,3 por 100 del total), aluden directa o indirectamente a la influencia positiva que en ellos ejerce la vida del internado. Por el contrario, 32 (10,6 por 100) se refieren negativamente al mismo. La mitad de los que se consideran beneficiados por el internado dan la razón de que tienen todo el tiempo ocupado. Con todo, se adivina en ellos una contestación más de resignación que de agrado. Otros hacen referencia explícita al ambiente religioso en que les sumerge la vida del internado.

El núcleo de alumnos (10,6 por 100) que encuentran en su condición de internos ocasión de pecar alegan como causa las malas compañías y las malas conversaciones, que se tienen debido a la misma estructuración del centro. Apuntamos aquí algunas de las más características, abundando en las ideas expuestas en el epígrafe anterior:

«Como vamos todos juntos, cuando vemos algo así como malo, se nos empieza la conversación que da origen al pecado.»
 «Se debe a la convivencia continua con los compañeros.»

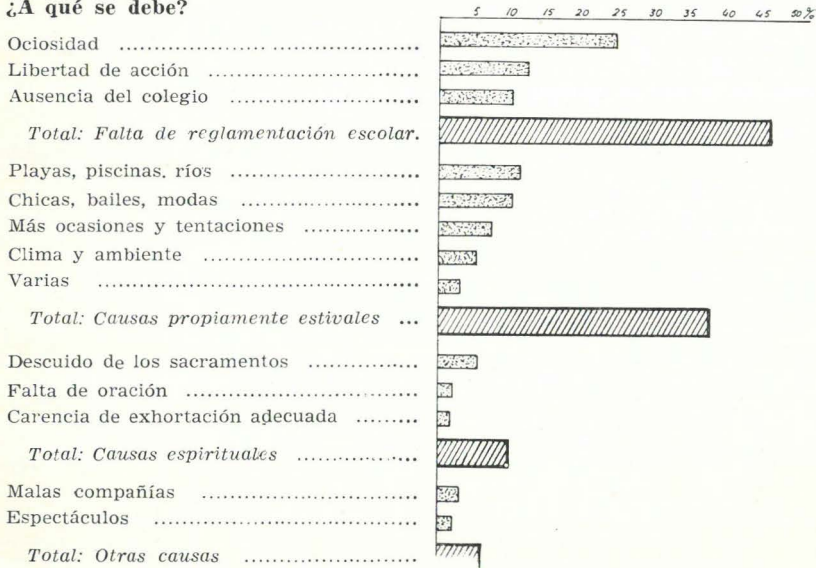
«La desgracia crea cierta afinidad entre las almas» (Courtois). Y el internado es considerado por muchos jóvenes como una desgracia, naciendo de ahí una afinidad peligrosa.

Por otra parte, las salidas domingueras son como «el tubo de escape o fuente de negra compensación por los días pasados entre rejas».

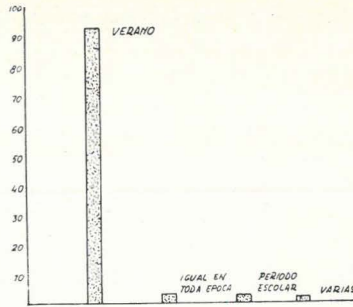
«Según mi criterio, en los internos es más fácil pecar que en los externos. Esto es debido a que, tras permanecer en el colegio sin salir durante cierto tiempo, cuando salimos y vemos a una chica sentimos, por lo general, un fuerte impulso hacia ella, que luego puede traer consecuencias de pecar.»

4.º EPOCA DEL AÑO EN LA QUE ENCUENTRAN MAS OCASIONES.

**¿En qué épocas del año encuentras más ocasiones de pecar?
 ¿A qué se debe?**



CUADRO VI.—RAZONES DE POR QUÉ ENCUENTRAN MÁS OCASIONES EN VERANO



CUADRO V.—ÉPOCA DEL AÑO EN LA QUE ENCUENTRAN MÁS OCASIONES

Que el verano sea la época de más ocasiones de pecar, así lo reconoce el 92 por 100, no es ningún descubrimiento. Sin embargo, las razones que aportan son de sumo interés para conocer la urdimbre de su vida espiritual en crisis durante el período estival.

De los resultados salta a la vista el papel primordial de la libertad de acción y de la ociosidad (46,6 por 100). La debilidad del adolescente falto de apoyo se junta con el acrecentamiento de tentaciones que ofrecen las playas y piscinas. Y ello, dentro del marco ilimitado de tiempo que hay que llenar para no aburrirse (1 por 100); sin un trabajo concreto (6,4 por 100); sin ninguna preocupación (1,6 por 100) capaz de poner en tensión la potencialidad humana del adolescente. Ante esta perspectiva es urgente la recta y estudiada pedagogía del ocio. Si el colegio les ayudaba grandemente a conservarse durante el curso, es preciso que prolongue su acción a través del verano. De lo contrario, al empezar cada curso, tendremos que rehacer de nuevo todo lo edificado anteriormente. A continuación algunos de sus testimonios:

«En el verano. Se debe a la ociosidad que me domina. Muchas veces no sé qué hacer y me pongo a pensar y ahí viene la tentación.»

«Se debe a que uno está libre todo el día, no está obligado a estudiar y no está entre Hermanos todo el día.»

«En el verano tienes más libertad, es decir, no te vigilan tanto tus padres y por eso tienes más ocasión de pecar.»

«En el verano, debido al no tener que hacer nada y vivir casi más de noche que de día debido al calor.»

«Durante el curso estoy ocupado en el estudio y no tengo tiempo casi para pecar, mientras que en las vacaciones el cuerpo está más descansado y más dispuesto al mal.»

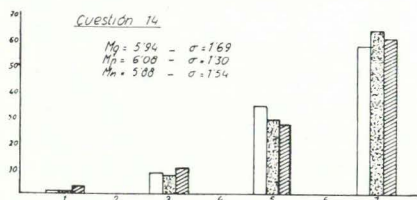
El 37,6 por 100 de menciones nos ofrecen la visión panorámica de las ocasiones de pecar típicamente veraniegas y que atañen en su mayoría al pudor y a la castidad. Nos limitamos a enumerarlas: playas, piscinas, ríos: 11,7 por 100; chicas provotativas con sus modas desvencuadas: 8,2 por 100; clima caluroso que amodorra la voluntad y despierta la sensualidad en afán de buscar una evasión: 2,9 por 100; el ambiente en general: 2,6 por 100; los bailes, las diversiones, los «nights clubs»: 2,1 por 100. Finalmente, el 7,2 por 100 reco-

noce simplemente que encuentran más ocasiones y tentaciones sin explicitarlas.

Para colmo de males, el verano merma la facilidad de que el chico disfrutaba en el colegio de recibir los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. El 5,8 por 100 aluden a este descuido. Consecuencia de ello es la falta de oración y de unión con Dios (2,1 por 100). Carente el alma de vitalidad, el pecado lo inficiona todo. Los consejos dados al fin de curso para evitar este contagio resultan insuficientes. Hay que movilizarse, incluso teniendo que renunciar al merecido descanso. Pero a toda costa hemos de subsanar esta mendicidad de «exhortación adecuada» (1,8 por 100).

5.º SENTIMIENTO DE AVERSION ANTE EL PECADO.

¿Sientes aborrecimiento y odio al pecado?



CUADRO VII.—ACTITUD DE AVERSION AL PECADO

Las actitudes humanas brotan de las ideas personales y de los sentimientos. La idea que poseen los adolescentes del pecado ya la hemos explanado en la primera pregunta. El balance fue altamente positivo. Era, pues, de esperar que los sentimientos estuvieran en consonancia con las ideas.

El resultado obtenido sobre la actitud de aversión al pecado sitúa al 57 por 100 de los muchachos en el grado superior. Siendo el nivel medio escalar 5,94, de 7 que es el máximo. Lo cual nos permite catalogar a los de quinto de bachillerato, en este aspecto, dentro del grupo de los muchachos de religiosidad «buena»⁶.

Sin embargo, hemos de andar con cautela al equipararlos a los preuniversitarios y universitarios. A simple vista los de preuniversitario reflejan menores sentimientos: nivel medio escolar 6,08. Sin duda, es debido a que ya han superado la crisis de la adolescencia y pueden mirar al pecado con más objetividad y menos pasión. En los universitarios constatamos una mayor escisión entre los mejores y los que van perdiendo el sentido del pecado. En ambos extremos (niveles escalares 3 y 7) superan a los de quinto de bachillerato. Su postura es más definida, debido a la libertad que encuentran en la universidad. La evolución aparece, pues, continua, sin cambios

⁵ En los cuadros VII, VIII, XII y XIII, las columnas en blanco representan a los alumnos de quinto de Bachillerato; las rellenas con puntos a los preuniversitarios; las columnas rayadas a los universitarios. *Mq.*, *mp.*, y *ma.* indican su media escalar respectiva.

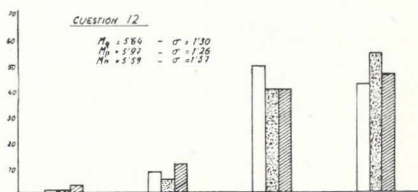
⁶ Cfr. E. MENCÍA, *O. c.*, p. 139.

bruscos. De ahí la importancia de mantener en un clima de generosidad al adolescente, haciéndole comprender que su porvenir depende en gran manera de su vivir actual.

6.º ACTITUD PRACTICA ANTE EL PECADO.

¿Cuál de estos tipos de actitud ante el pecado haces tuyo?

- () Yo no entiendo que pueda adoptarse otra actitud ante el pecado que la de luchar firme y decididamente por evitarlo en cuanto sea posible.
- () Aunque estoy convencido de que, llegada la ocasión, la voluntad es débil y algo hay que condescender, en principio mi actitud es de luchar cuanto pueda por evitar el pecado.
- () Yo creo que siendo tanta la atracción del pecado y tantas las ocasiones de cometerlo, sería violento adoptar una actitud de lucha demasiado tensa. Hay que ser un poco condescendiente. Con confesarse luego está todo arreglado.
- () Creo que no hay por qué adoptar ninguna actitud de lucha ante el pecado. La naturaleza tiene sus exigencias y el no satisfacerlas crearía un estado de tensión contraproducente y antinatural.



CUADRO VIII.—ACTITUD PRÁCTICA ANTE EL PECADO

La vida cristiana entraña una actitud de lucha sin desmayo. San Pablo la concibe como una carrera atlética, en la que no cabe el quedarse tumbado sobre la pista. La pedagogía religiosa mantiene en primer plano este aspecto dinámico de la religión.

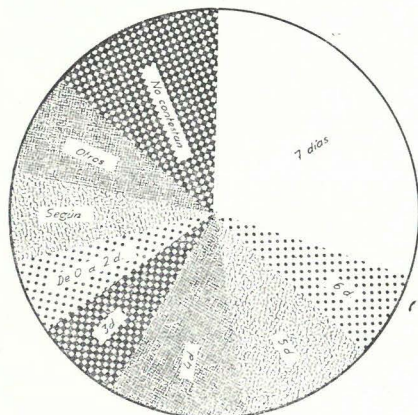
¿Qué actitud reconocen en sí mismos los de quinto de bachillerato? El cuadro anterior, acerca de los sentimientos de aversión y odio, nos hacía esperar una actitud práctica, aunque no tan decidida, sí muy concorde. Y así ha sucedido, pues el 43 por 100 nos confiesan su postura valiente de «luchar decididamente por evitarlo». El bajón operado (de 57 a 43 por 100) es normal, si atendemos al desfase que existe siempre en el hombre, y más en los adolescentes, entre teoría y práctica. Descenso que llegará a un 30 por 100 al preguntarles por el resultado concreto de su actitud: la vida en gracia.

Pero lo más significativo es el aumento que ha experimentado el segundo grupo, absorbiendo a todos los que ante la dura realidad sufrieron un decaimiento de sus sentimientos ante el pecado. El 49 por 100, pues, reconocen que «en principio han de luchar por evitar el pecado, pero su voluntad es débil»⁷. La causa de este sentir común brota espontáneamente de la experiencia personal de cada uno. Pero quizá flote también, cierto contagio colectivo de impotencia frente al pecado. Será necesario, pues, que nos enfrentemos contra este hecho con técnicas sociológicas apropiadas. No necesariamente con «slogans» triunfalistas, pero sí infundiendo a los muchachos seguridad en sí mismos.

⁷ Anteriormente ya hemos apuntado la base psicológica y somática de esta debilidad, que no es meramente moral.

Queremos hacer notar, finalmente, que en la actitud del muchacho no interviene tanto la idea de Dios de modo inmediato cuanto la atracción que ofrece el pecado. Esto ante un pecado concreto. De ahí que las caídas no son de malicia, sino de debilidad. Así nos lo confiesa uno: «Llegada la ocasión, no pensamos en Dios, sino en el pecado». Esta inconsciencia no excluye, con todo, su gravedad. Pero nos hace pensar que la caída no es sólo un hecho ético-religioso, sino también un fenómeno enraizado en la psicología del adolescente.

¿Cuántos días a la semana te conservas en gracia?



CUADRO IX.—DÍAS EN GRACIA A LA SEMANA

La pregunta parece muy atrevida. Pero necesaria para aportar datos concretos sobre tema tan vital. La misma pregunta anterior pudiera llevarnos a engaño, debido a los percentiles elevados. Sin embargo, creemos que no existe contradicción. Ideas, sentimientos, actitudes y hechos forman estratos diferentes y sucesivos en el individuo.

Al contemplar los resultados hay que tener bien presentes las características de los encuestados; alumnos de quinto de bachillerato, cuyo ambiente colegial es religioso; la preocupación por la vida espiritual de los muchachos, constante. Existe gran facilidad de recibir los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. La familia española, en general, guarda todavía culto notable a las costumbres cristianas, sobre todo en la educación de sus hijos. En estas circunstancias no es extraño ese 29 por 100 de muchachos que se conservan en gracia toda la semana, con algún desliz ocasional. Y el 18 por 100 caigan uno o dos días por semana, y se levanten pronto, como luego veremos. Esos chicos constituyen el 43 por 100 que en la pregunta anterior mostraban una actitud de lucha constante. Lo cual como vemos no es sinónimo de victoria.

Otro 18 por 100 son más condescendientes consigo mismos. Sólo consiguen mantenerse en gracia de tres a cuatro días. Es la postura de los mediocres.

Ni son bastante valientes para rechazar todo pecado, ni tan cobardes como para quedarse sumidos en tan lamentable estado.

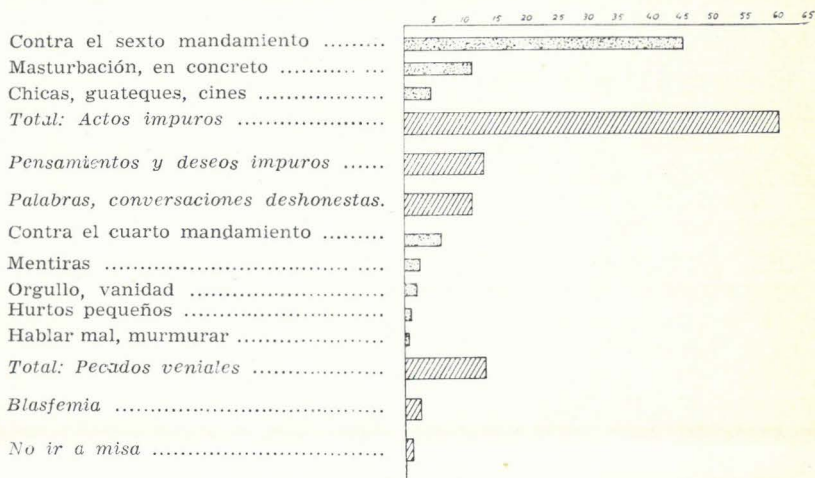
Los restantes, 21 por 100, han depuesto casi por completo las armas. Su ideal de pureza yace marchito. Sus expresiones son variadas pero en el fondo iguales: dos días, un día, cero, pocos días, todos los días o ninguno, oscilan, no saben, según...

Oigamos algunas de sus confidencias:

- «Todos los días. Cuando caigo, el mismo día me confieso.»
 «Según: hay veces que no cometo ningún pecado durante muchas semanas y otras ni un día.»
 «Según la suerte y la voluntad.»
 «De ninguno a dos, haciendo gran esfuerzo.»
 «Según las veces que comulgo.»
 «Todos, ya que me parece muy difícil cometer un pecado mortal a sangre fría.»
 «Pocos, a lo sumo dos, pero después de los ejercicios he conseguido hasta siete.»
 «En el colegio, siete; en mi casa, unos dos o tres.»
 «No creo haber cometido nunca un pecado mortal.» (Dos contestaciones así hemos encontrado entre los 300 encuestados.)
 «Yo creo que a la mayoría le pasa lo que a mí. Cuando me viene un pensamiento nada bueno procuro rechazarlo; pero si continúa, a veces cambio de pensamiento y lo remedio, pero otras uno parece que no es dueño de sí y, sin pensar más en que se peca y se desagrada a Dios, se comete ese pecado, que tan feo es y del cual pocos se pueden librar en estos tiempos.»

8.º PECADOS MAS FRECUENTES.

¿Qué pecados cometen con más frecuencia los muchachos de tu edad?



CUADRO X.—PECADOS MÁS FRECUENTES

En este terreno, como en otros muchos, juzga a los otros a través del prisma de su interioridad. Y así ven en los demás lo que no es más que una proyección de sí mismos. Algunos, con toda llaneza, nos dicen que: «al no

conocer a los demás por dentro se confiesan a sí mismos, creyendo que los otros son más o menos igual».

El número de menciones alcanza 433, pues cada chico ha podido elegir uno o varios pecados que consideraba frecuentes. En el cuadro presentamos el porcentaje de las frecuencias.

Se da una gran polarización —el 84,4 por 100— en el tema referente a la castidad. Da la impresión de que no existe otro problema para estos muchachos. Ya sea por curiosidad, debilidad o malicia, la inmensa mayoría tienen que tropezar en materia sexual. Quien haya tenido alguna relación con adolescentes podrá confirmarlo. Es verdad que el educador no debe polarizarse a su vez, haciendo de la castidad el mayor de los mandamientos. Pero nunca podemos olvidar este punto flaco del adolescente.

Leamos sus mismas palabras muy elocuentes en este punto:

«Los pecados más frecuentes a mi edad son los del sexto mandamiento: hacer, decir, pensar, ver con gusto, oír con gusto y también desear hacer una cosa determinada.»

«Con más frecuencia cometen el pecado contra el sexto mandamiento porque es a nuestra edad cuando te enfrentas con los placeres de la vida y no estás suficientemente preparado para evitarlos.»

«... son contra el sexto mandamiento. Creo que es por curiosidad.»
«Yo hablo por mí mismo. Son los pecados contra el sexto mandamiento, contra la misma persona.»

«Un servidor cree que son las malas acciones a solas. Aunque a los quince años ya se empieza a corregir.»

«Las miradas, las tentaciones, los malos pensamientos. Y es porque uno ya se cree un hombre que puede hacer lo que quiera, y es un medio hombre.»

Al final de la encuesta añaden algunas frases en que recalcan las dimensiones que la sexualidad ocupa en su vida juvenil. Algunos piden métodos especiales, iniciación adecuada; en una palabra, más ayuda todavía.

«Creo que muchos pecan contra la pureza porque no se les ha contado a tiempo lo del acto del matrimonio. Se ha permitido que se lo cuenten malas lenguas o se le ha dicho antes de tiempo.»

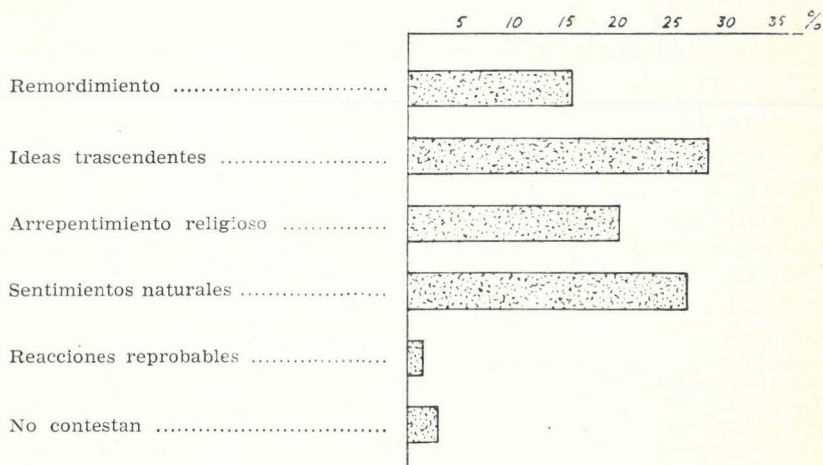
«Creo que debieran establecerse métodos especiales para evitar todos los pecados contra la castidad, principalmente, pues es un pecado muy frecuente en la juventud.»

«A mi parecer, la más cruenta batalla se presenta en forma de la pureza. Es algo que cuesta mucho, pero mucho, conservarla: cines, conversaciones, fotos, anuncios, todo converge a este tema hasta tal extremo que todo lo que no tenga su excitación sensual NO VALE NADA (sic), es aburrido. Hasta que un día te encierras en ti mismo y ves la porquería que llevas, quieres levantar la cabeza y te cuesta mucho. Pero te dices: ESTO NO PUEDE CONTINUAR (sic) y pones lo posible para que no continúe. Pero la maldita atmósfera de pecado te vuelve otra vez al mal y así siempre.»

Reducir el cristianismo a una lucha contra el demonio impuro y la carne débil es empobrecerlo y minimizarlo. Esas faltas de respeto a los padres, esas críticas mordaces y jocosas de los profesores, ese chismorreo, el desprecio orgulloso de los demás, todo ello hiere la caridad que es la virtud nuclear del cristianismo. Toda la catequesis debiera resumirse en la educación de la fe y de la caridad. Incluso la castidad es un problema de formación del amor.

8.º SENTIMIENTOS DOMINANTES DESPUES DEL PECADO.

Después de haber cometido un pecado, ¿qué sentimientos dominan en ti?



CUADRO XI.—SENTIMIENTOS DOMINANTES DESPUÉS DEL PECADO

«El momento subsiguiente a la caída es uno de los que mayor interés ofrece... En la lucha por dominar el pecado y verse libre de él, la caída puede considerarse como un fenómeno hasta cierto punto inevitable. Lo que más interesa es el estado de ánimo y la reacción que le sigue»⁸. De ahí la amplitud que concedemos a la explicación de las respuestas a esta cuestión.

Podríamos catalogar los sentimientos dominantes después del pecado, en tres categorías: buenos, malos y neutros. En el primer grupo podemos encasillar los comprendidos bajo los epígrafes: remordimiento, ideas trascendentes y arrepentimiento religioso. Resulta un conjunto de 330 alusiones, correspondientes al 66 por 100 de individuos.

Los sentimientos naturales los hemos considerado neutros, pues, nacen de los entresijos de la naturaleza «aconsciente», y, por tanto, carentes de moralidad. Representan un 27 por 100. Por fin, el grupo más reducido de las reacciones reprobables. Sólo un 2 por 100. Esto nos habla alto de la religiosidad que enmarca la vida del adolescente. Aunque le guste gozar de la vida, vivir de sentidos y experimentar los secretos que desvela, no puede ni sabe prescindir de Dios. Máxime cuando viven inmersos en un ambiente profundamente religioso.

Remordimiento.

«El remordimiento, se puede decir con verdad, es uno de los hechos religiosos más frecuentes, más interiores y más importantes del período de la

⁸ E. MENCÍA, O. c. p. 211.

adolescencia» 9. Lo que afirma Nosengo de los adolescentes italianos lo hemos podido comprobar en este tomar el pulso a algunos muchachos españoles de quinto de bachillerato.

Un 9,2 por 100 responden explícitamente con la palabra «remordimiento», en frases como éstas:

«Remordimiento profundo de la conciencia que no me deja tranquilo.»

«Después de haberlo cometido, nada, ya que he puesto mi voluntad, pero pasado cierto tiempo, entonces es cuando me remuerde la conciencia.»

«Seguidamente, el recuerdo de él (el pecado), y un poco más tarde, el darme cuenta de lo cometido, remordimientos que no acaban hasta que me confieso.»

Otras expresiones equivalentes: «amargura», «pena». Por ejemplo:

«Mucha pena y arrepentimiento, pues por unos minutos de goce hemos perdido la gloria eterna.»

También: «pesar», «malestar de conciencia», «dolor». Otros se réprochan el pecado diciéndose:

«Merezco la muerte y el infierno.»

«Soy desgraciado y endemoniado.»

Encontramos todavía sentimientos que nos aparecen como efectos inmediatos del remordimiento: «intranquilidad» (2,6 por 100), «inquietud», «desasosiego», «desazón», «malestar», «molestia».

Como es natural en los muchachos bien conservados el pecado produce una «pérdida de la alegría», como uno confiesa explícitamente.

El remordimiento revela una palpitante religiosidad, ya que refleja y reclama creencias religiosas y admite una moralidad cuya norma viene de Dios. En muchas respuestas se manifiesta esta relación del sentido de culpabilidad con motivos trascendentales. Para que resalte más lo detallaremos en epígrafe aparte.

Ideas trascendentes.

Más arriba veíamos que el 35 por 100 considera el pecado como «ofensa a Dios que nos aleja de El». Es lógico que a estos muchachos el pecado les provoque vivo pesar de haber ofendido y disgustado a Dios. Algunas afirmaciones:

«(Después de cometer un pecado siento) el arrepentimiento y pesar de haber ofendido a Dios por el goce de unos minutos.»

«Haber ofendido a Dios. En seguida me doy cuenta y me lo echo en cara.»

«Sentimientos de dolor por haber ofendido a Dios, que murió de esa forma por redimirnos.»

La bondad de Dios y los padecimientos de Cristo son fuente de tormentos para el que peca:

«(Siento) una especie de desesperación, pienso en los innumerables bienes que recibimos de su mano continuamente y aún le pisoteamos, despreciando su ley y su santidad.»

9 G. NOSENGO, *La vita religiosa dell'adolescente*, Ed. A. V. E., Roma, 1954, p. 237.

«... arrepentimiento que me hace sentir toda la bondad de Dios la cual he perdido por unos momentos de goce material.»

«El sentimiento de haber ofendido a Dios, que tanto ha hecho por mí.»

Y así hasta 39 (13 por 100). Transcribimos para mayor abundamiento otra respuesta:

«El primero (sentimiento), por desgracia, es rabia hacia mí mismo, pero inmediatamente siento un gran arrepentimiento y un cariño inmenso hacia Dios.»

Otros sienten «vergüenza ante Dios» y el «alejamiento de Dios» en que el pecado les deja sumidos (1,6 por 100).

«Cuando he cometido algún pecado me siento apartado de Dios y después ni rezo con devoción ni pienso en El, y me cuesta mucho trabajo levantarme por la confesión.»

Una docena (4 por 100) experimentan: «temor de Dios», «miedo de ser castigados por El», de «no ser escuchados por Dios». Este estado nace de la consideración, por una parte, de la santidad y justicia divina, y por otra, de la fealdad y vileza del pecado. Pero en el fondo de sus corazones impera siempre la confianza en la bondad de un Dios lleno de misericordia y pronto a perdonar.

«Siento como un temor a Dios, porque se cree que Dios te va a castigar por cometer tal pecado, y es al revés, Dios está deseando que nos limpiemos en seguida para no tener mancha ninguna.»

«Después de pecar me embarga el sentimiento de debilidad y de que soy nada a la vista de Dios, pero me ayuda saber que Dios es misericordioso y que quiere ayudarme para no volver a caer.»

En el reverso de la medalla de los que temen a Dios, después de pecar, hemos de ver al 8,3 por 100 de los que se aterrorizan al pensar que la muerte les puede sorprender en este estado. Y, además, el 7,6 por 100 de los que contemplan el infierno ante sus ojos, experimentando la necesidad de confesarse cuanto antes.

«Siento la necesidad de confesarme cuanto antes, pues he ofendido a Dios y no me puedo salvar. Confesando reparo algo la ofensa y me puedo salvar.»

«El de que estoy sobre el infierno, pendiendo de la bondad de Dios.»

«... También me vienen sentimientos de horror pensando que podría morir en este instante e ir al infierno.»

En total, más de la quinta parte aluden a las postrimerías. Ello no nos extraña después de haber encontrado que el porcentaje más alto se inclina a pensar el pecado como «algo que nos precipita en el infierno si morimos con él».

El 3,6 por 100, finalmente, reconocen que la temeridad de cometer la acción prohibida provoca en ellos vivos sentimientos de aversión hacia el pecado: «odio», «asco», «repugnancia», «horror», «aborrecen lo hecho», y lo califican de «asquerosidad».

«Desdichado el que se deja vencer.»
 «El pecado no trae nada bueno.»
 «El asco y la rabia contra mí mismo y contra el demonio, que me ha hecho perder la gracia.»

Arrepentimiento religioso.

Remordimiento y amargura forman el rescoldo que queda al quemar la gracia con que Dios ha adornado nuestra alma. La conversión supone un paso al frente, hacia el Padre que nos espera con los brazos abiertos y hacia la Iglesia de la caridad, Cuerpo Místico de Cristo.

En nuestros adolescentes, podemos captar paso a paso todo el proceso de su retorno a Dios. Ello nos muestra su acendrada religiosidad. Y si atendemos a la rápida espontaneidad de su arrepentimiento, se nos manifiesta su arraigada piedad. Es verdad, que los pocos años no permiten convicciones robustas, pero quizá es más patente la acción del Espíritu Santo y la transparencia de las almas jóvenes.

Yendo a los números, el 9,2 por 100 nos indican sus sentimientos con la palabra: «arrepentimiento». Junto a este grupo compacto, un 2,4 por 100 manifiestan la firme voluntad de no volver a pecar. El arrepentimiento y la resolución de no pecar se apoyan mutuamente.

El 7,2 por 100 sienten la necesidad de confesarse cuanto antes. Muy pocos motivan este retorno apresurado a la gracia. No hace falta tampoco, pues es fácil colegir se debe al pesar de haber ofendido a Dios, o a la necesidad de reparar y justificarse a sí mismo, o al temor al infierno. Como catalizadores podemos admitir los sentimientos naturales y la urgencia de librarse de toda angustia. Un botón de nuestra:

«Confesarme, por temor al infierno, aunque no lo suelo hacer en seguida.»

Sentimientos naturales.

Lo auténtico de la culpabilidad cristiana es el remordimiento que conduce a la conversión. Sin embargo, existen otras instancias de nuestra personalidad que están imbricadas en los efectos del pecado que experimenta el pecador. En nuestro yo se originan toda una gama de resonancias en estrecha conexión con el dolor sobrenatural de los pecados. Constituye la faceta de lo espiritual insertándose en lo natural. Es la escoria que hay que decantar por sublimación y por una mayor insistencia en los valores trascendentes de la contrición cristiana.

En el fondo de toda deserción encontramos la depresión que produce la derrota. El 1,8 por 100 experimentan, después de la caída, su disgusto por haber sido débiles.

«Después de pecar me embarga el sentimiento de debilidad humana y de que soy nada a la vista de Dios.»
 «El que no quería hacerlo, pero la tentación ha sido más fuerte que yo y he caído.»
 «No tener fuerza suficiente para vencernos...»

El que es débil para pecar lo es también para poner remedio a su mal.

«Por una parte quiero en seguida confesarme, pero me retiene un poco la idea de que en dos o tres días no haya podido guardar el alma en estado de gracia y esto me avergüenza, y aprovecho para aumentar el número de pecados.»

Otro aspecto de la depresión que el pecado produce, nos lo revelan un 4,2 por 100 de chicos con la palabra: «vergüenza». Oigamos el testimonio de algunos de ellos:

«Me da vergüenza pensar en lo hecho y quisiera que cayesen sobre mí los más terribles castigos de manos del Señor.»

«El primer (sentimiento) es de vergüenza; no oso mirar cara a cara a un superior, a mis padres.»

Al defraudar el plan de Dios siente, naturalmente, el muchacho vivo desprecio hacia sí, rabia, asco, la angustia de su vivir a medias. Ante ese reproche de la propia conciencia se encuentran un 6,4 por 100 de alusiones. Dicen así:

«De compasión y asco hacia mí mismo al inferir a Dios una ofensa tan grande, a Jesucristo que dio su vida por salvarnos.»

«Lo primero, por desgracia, es rabia hacia mí mismo, pero inmediatamente siento un gran arrepentimiento y un cariño inmenso hacia Dios.»

«Estoy amargado de mí mismo hasta irme a confesar, y no me lo puedo sacar de la cabeza.»

«¿Qué tonto he sido?»

«De que soy un... burro y he vuelto a caer.»

Cerramos esta reseña sobre los sentimientos naturales, con los estados de ánimo que tienen cierta proyección hacia el exterior. El 1,3 por 100 confiesen sentirse de mal humor. A estos siguen un 1,6 por 100 que experimentan: «agresividad», «mal genio», «osquedad», «antipático y arisco», «enfadado y triste con todos».

«Casi me desespero. Me entran ganas de pegarme un trastazo. También después me entran ganas de confesar.»

«... La repugnancia hacia los que sé de no muy recomendables compañeros.»

«Una especie de rabia contra mí y a veces contra el otro, si es un pecado que cometemos dos o más.»

Estos sentimientos de «amargura», «pena», «dolor», «vergüenza de sí mismo»..., son armas de dos filos, tanto psicológica como espiritualmente. Psicológicamente, por la conciencia de culpabilidad que produce una fijación, cuyas consecuencias son, entre otras, la recaída. Espiritualmente entraña el peligro de una «angustia espiritual» que falsea el concepto de Dios y quita la paz, que es la nota esencial de la vida cristiana. La intranquilidad no puede venir de Dios. Deriva del temor más que del amor.

Reacciones reprobables.

Son pocas. En conjunto no llegan a una docena: 1,4 por 100. Nos limitamos a transcribirlas textualmente:

«Recrearme en ese pecado.»

«Continuar alguna vez en el pecado.»

«Por una parte, quiero en seguida ir a confesarme, pero me tiene un poco la idea de que en dos o tres días no haya podido guardar el alma en estado de gracia, y esto me avergüenza y aprovecho para aumentar el número de pecados.»

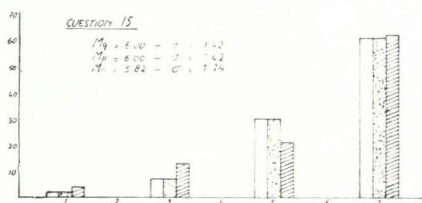
«La conciencia grita más fuerte cuanto más tiempo se llevaba antes en gracia. La preocupación llega a ser natural, pero *creo que por sugestión.*»

«Después de haber cometido un pecado en mi alma predomina algunas veces el arrepentimiento, otras nada.»

«Hace tiempo que me daba cuenta de que había caído en un precipicio (después del pecado). Ahora casi no siento nada.»

9.º ESTADO DE ANIMO SUBSIGUIENTE AL PECADO.

El pecado, ¿te produce desasosiego, inquietud y arrepentimiento religioso?



CUADRO XII.—ESTADO DE ANIMO SUBSIGUIENTE AL PECADO

Hemos ido recorriendo todos los matices de los sentimientos del adolescente después del pecado. Para precisar más el bloque de los muchachos que experimentan un arrepentimiento religioso hemos puesto otra cuestión, que nos permite hallar el porcentaje exacto, que se reparte entre una mayor o menor intensidad de esos sentimientos. De este modo, la laguna que encontrábamos al no poder dar el número de individuos **distintos** que se adherían a cada una de las categorías que hemos encontrado, queda subsanada en esta pregunta.

Sólo 5 (1,6 por 100) la han dejado en blanco. El 91 por 100 abrazan una afirmativa intensa o por lo menos intermedia. De manera palpable podemos ratificar la influencia que el pecado ejerce en el alma maleable y sensible del adolescente. Está lejos de pactar una tregua con el demonio. Su religiosidad no se lo permite.

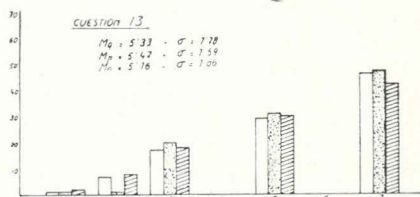
Estos sentimientos permanecen inalterables en los preuniversitarios, cuyos porcentajes coinciden totalmente con los de quinto Bachillerato. Los universitarios difieren ligeramente, sin que esta diferencia sea significativa¹⁰.

¹⁰ E. MENCÍA, O. c., p. 211 a 214.

10.º REACCION SUBSIGUIENTE AL PECADO.

Después de haber pecado se puede reaccionar de muy diversas maneras. He aquí algunos tipos de reacción. ¿Cuál haces tuyo?

- () Sentir arrepentimiento y deseo de salir del pecado siempre que se caiga en él, no resignándose nunca a permanecer abatido, aunque difiriendo el hacerlo por algún tiempo.
- () Arrepentirse sinceramente todas cuantas veces se tenga una debilidad y proponerse salir inmediatamente del pecado.
- () Sentir arrepentimiento y deseo de salir del pecado, pero sentir al mismo tiempo gran dificultad para realizarlo y diferirlo por algún tiempo, acumulando pecados entre tanto. Ya uno más o menos, ¿qué más da?
- () Quedarse indiferente, sin sentir el arrepentimiento.
- () Sentir algún arrepentimiento y deseo de salir del estado de pecado, pero no decidirse a ello por carecer del propósito de romper con el mal hábito y dejar de pecar en lo sucesivo, viviendo en esa situación.



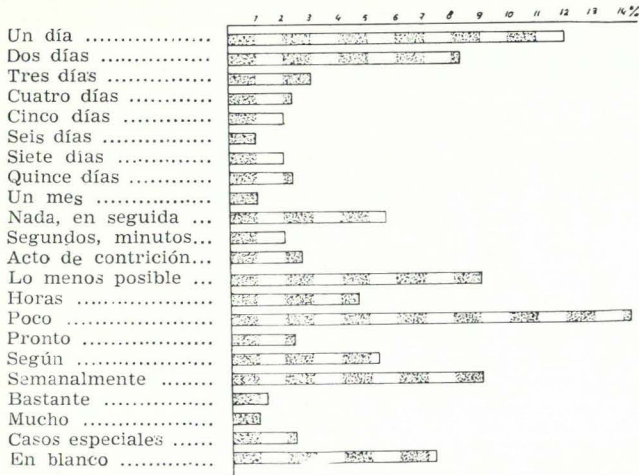
CUADRO XIII.—REACCIÓN SUBSIGUIENTE AL PECADO

El nivel medio escalar es de 5,33. La tónica general la dan, pues, los que «se arrepienten y desean salir del pecado..., pero difieren el hacerlo por algún tiempo». En efecto, frente al 46 por 100 que se adhieren a la primera categoría, un 25 por 100 ofrecen el contrapeso de los que pactan con su estado de derrotados. Esta apatía espiritual es grave, aunque comprensiva, desde el punto de vista psicológico y médico.

Y si estos porcentajes no hieren grandemente nuestra sensibilidad es debido a la gran facilidad que se les da en los colegios para confesarse. Lo cual es una ventaja y un bien para los chicos, aunque también comporta ciertos inconvenientes. Pero el problema existe. Y fácilmente bastantes de ellos pactan subconscientemente con el placer, al menos por algún tiempo.

Con todo, en el preuniversitario, pasada ya la crisis de la adolescencia, se superarán. Pero por poco tiempo, pues de nuevo el ambiente universitario creará en ellos una nueva crisis religiosa, aunque de distinto signo.

Después de pecar, ¿cuánto tiempo tardas en reconciliarte con Dios? ¹¹.



CUADRO XIV.—TIEMPO QUE TARDAN EN RECONCILIARSE CON DIOS

El resultado es consolador. El 85,4 por 100 se confiesa por lo menos semanalmente. Omitimos el problema de la validez de estas confesiones, porque sólo Dios puede juzgar las conciencias. Nosotros aceptamos su buena voluntad, aunque débil. Lo más importante es que no pierdan la inquietud religiosa, el verdadero sentido de culpabilidad, que les ha de impulsar a acudir con frecuencia a las fuentes de santificación.

Una práctica que deberíamos extender más es la que apuntan un buen número de muchachos: reconciliarse lo más pronto posible con un acto de contricción o de amor perfecto, con la intención de confesarse cuanto antes puedan.

Esta reacción inmediata puede ser un resorte para la santidad, por la intensificación que supone en el amor de Dios.

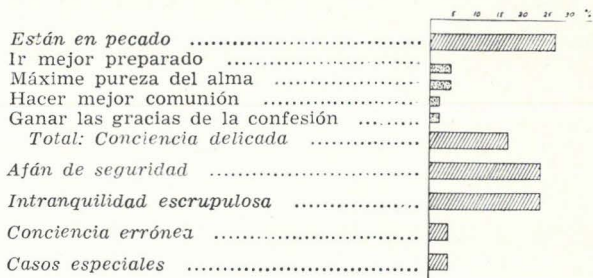
Abundando en estas ideas Mn. T. Toth nos dice: «Lo principal es que los jóvenes no permanezcan en estado de pecado. 'Caer en pecado es propio de la naturaleza, repararlo es virtud' (De apología David, c. 2.º), escribe S. Ambrosio. Siete veces caerá el justo y volverá a levantarse, podemos decir repitiendo en sentido acomodaticio las palabras que se leen en el libro de los Proverbios (Prov 24,16). Lo característico (del justo) es que se levante en seguida» ^{11 bis}.

¹¹ En el cuadro en que exponemos los resultados de esta pregunta, hemos conservado los mismas expresiones de los chicos, aunque algunas de ellas hubieran podido agruparse.

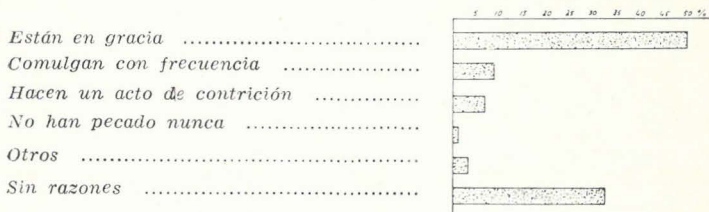
^{11 bis} T. TOTH, *Formación religiosa de los jóvenes*, 3.ª edic., S. E. Atenas, Madrid, 1955, p. 205.

11.º NECESIDAD DE CONFESARSE ANTES DE COMULGAR.

¿Sientes la necesidad de confesarte cada vez que vas a comulgar? ¿Por qué? ¹²



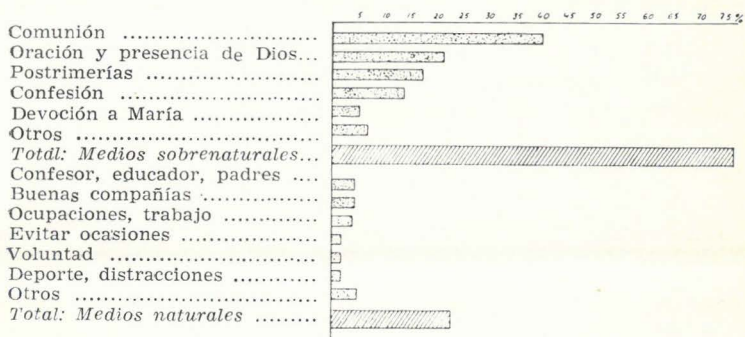
CUADRO XV.—POR QUÉ NECESITAN CONFESARSE ANTES DE COMULGAR



CUADRO XVI.—POR QUÉ NO SIENTEN NECESIDAD DE CONFESARSE

12.º MEDIOS MAS EFICACES PARA CONSERVARSE EN GRACIA.

¿Qué es lo que más te ayuda a conservarte en gracia?



CUADRO XVII.—MEDIOS MÁS EFICACES PARA CONSERVARSE EN GRACIA

¹² Para no alargar en demasía esta exposición de datos, nos limitamos a presentar tan sólo la gráfica de las respuestas a esta cuestión.

La gracia es amistad con Cristo, prolongación de su vida, respuesta amorosa al diálogo iniciado por el Padre. Ante todo, estriba en una relación personal. De ahí, que conserva y acrece la gracia todo lo que nos une más íntimamente con Cristo, todo lo que despierta en nosotros el espíritu de hijos de Dios Padre.

De las 373 menciones distintas recibidas, 285 (el 77 por 100) aceptan como mejores medios los típicamente sobrenaturales, que, fuera de todo formalismo, dan una dimensión más profunda a su vida cristiana. La Sagrada Comunión es el medio óptimo. En ella, nos fusionamos íntimamente con Cristo. Y el Señor como signo de amistad, nos acrecienta la posesión y vivencia de su Espíritu, que es amor, fortaleza, abrazo de la divinidad. Los muchachos se han puesto en una línea auténticamente cristiana y no sólo religiosa o moral, al preferir la Sagrada Comunión en un 40,5 por 100 de sus respuestas. Incluso algunos abogan por una total paridad entre gracia y comunión. «Me mantengo en gracia, nos dice uno, los días en que comulgo.» Oigamos otros testimonios.

«La comunión diaria.» (Un chico de quince años que se conserva habitualmente en gracia y procura evitar los pecados veniales.)

«Poder recibir con más frecuencia a Jesús. Se lleva la vida con más resignación y alegría.»

«La comunicación con Jesús en la Comunión.»

A estas hay que añadir las menciones referentes a la Confesión, sacramento de la misericordia y del perdón de Cristo: 14 por 100. La oración personal, por la mañana y la noche, antes de acostarse, en una visita al Santísimo: 12,9 por 100. El recuerdo de la presencia de Dios durante las clases, práctica típicamente lasaliana, que ayuda a los alumnos a tomar el hábito de dialogar con Dios, vivir en su presencia y aumentar en su vida de trabajo su contacto con Cristo: 8,9 por 100. La devoción a la Virgen, Madre y Custodia de Jesús en nosotros: 5,4 por 100. Y para algunos menos, por la formación que exige, la meditación, como oración reposada y reflexión amorosa sobre el misterio de Dios a través de los Evangelios: 2,7 por 100.

«En primer lugar, la oración, ya que con ella se consigue todo.»

«Me da mucha pena y descontento de mí mismo el saber que cuando peco Dios está descontento de mí. Cuando me salvo de la tentación me parece que soy otro nuevo.»

«El hacer visitas a catequesis, asilos, etc. Hacer meditación y hablar con Jesucristo.»

«La oración y pensar en su bondad, que después que nos lo ha dado todo que yo le desobedezca de ese modo.»

«Lo que más me ayuda a conservar la gracia es comprender que Jesucristo murió por nosotros y que yo debo corresponder con la misma moneda. También con la confesión y comunión.»

«Los ejercicios espirituales, sobre todo. También el pensar que ofendo a Dios y me alejo de El.»

El recuerdo de las postrimerías es también un gran acicate en la lucha contra el pecado. Origina en el alma sentimientos de temor religioso en el infierno, esperanza ilusionada en el cielo, inquietud por la incertidumbre de nuestra vida eterna, vigilancia sobre sí ante el peligro de una muerte inminente. El 17,5 por 100 de respuestas se agrupan en torno a ese deseo

de la propia felicidad espiritual, querido y ratificado en última instancia por Dios.

—«Pensar que si muero en pecado puedo ir al infierno.» Este mismo añade luego: «Si la juventud atiende algo a la religión es por miedo a condenarse.»

«Pensar que si no la cónservo iré al infierno y también que tendría rabia de no poder estar con Dios, con lo bien que podría estar.»

«Pensamiento en el cielo; que un día puedo, si no peco, estar con Dios y con mis compañeros (que se salven). Que si peco y me muero es una eternidad de sufrimientos y no ver a Dios; no es nada sesenta o setenta años en comparación con la eternidad.»

«Posiblemente será la comunión la que me da fuerzas para mantenerme en gracia. Otra causa son algunas lecturas espirituales y obras teatrales referentes a la muerte y a la gloria e infierno.»

«Soy egoísta. Me da miedo el infierno y creo que estando más intensamente en gracia de Dios, El me ayudará en mis estudios y planes.»

Los medios que hemos dado en llamar naturales son tanto más eficaces cuando favorecen la acción de Cristo en las almas. Ya sea por la exhortación, educación y dirección espiritual (4,3 por 100), ya por la delicadeza en el trato, obra de las buenas compañías (4,3 por 100), ya por combatir la ociosidad, madre de todos los vicios, con el trabajo y el deporte (1,8 por 100).

«Mis superiores. Nos enseñan la fealdad del pecado. Si no fuera por mis profesores y mis padres sería un pecador cualquiera.»

«Pues yo creo que el equipo de apostolado, porque es una cosa maravillosa; por ejemplo, estás obligado tú mismo a comulgar, y si no comulgas un día te parece que es pecado y comulgas al siguiente.»

«La comunión diaria y no estar sin hacer nada y sin pensar en nada.»

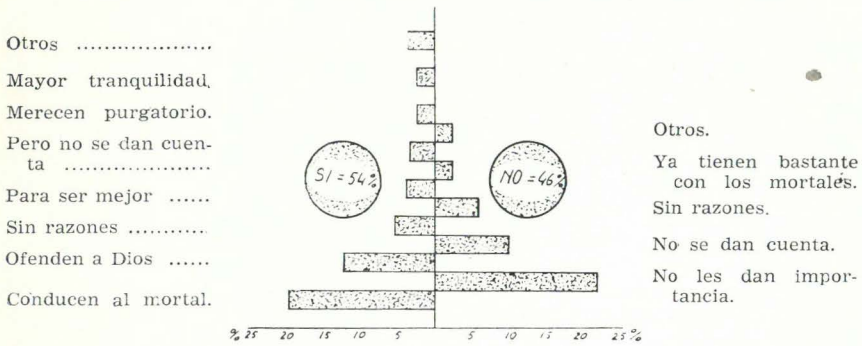
«... El cumplimiento del deber, ya que si lo cumplimos fielmente no queda mucho tiempo de ocio, que es cuando más fácilmente se cometen los pecados.»

«La verdad, es el interés por una chica y el deporte.» (Este tiene 17 años.)

La voluntad sólo se menciona en un 2 por 100. Este índice tan bajo, junto a la debilidad, tan citada como causa de sus caídas nos está pidiendo a gritos una educación adecuada y viril del carácter, de la voluntad. Se acusa a la juventud de hoy de abúlica y falta de carácter. Pero, ¿nos hemos preguntado por el lugar que ocupa la formación del carácter en nuestra labor educadora?

13.º EL PECADO VENIAL.

¿Procuras en tu vida ordinaria evitar también los pecados veniales? ¿Por qué?



CUADRO XVIII.—POR QUÉ EVITAN LOS VENIALES.—POR QUÉ NO LOS EVITAN

La atención y cuidado en evitar los pecados veniales es signo de vitalidad espiritual y de finura en el amor. La santidad como prolongación de la vida de Jesús se teje con los hilos finísimos de nuestras acciones más triviales, pero enhebrados con amor.

En nuestros muchachos se da bastante inconsciencia ante el pecado venial. Su crisis moral se orienta ante todo hacia los pecados mortales, en especial contra la pureza. Sin embargo, su alma es todavía sensible ante las faltas e índelicadezas con Dios. Cristo ha izado bien alto el ideal de la perfección. Y el adolescente siente nostalgia por las alturas, aunque por el valle tropiece y chapotee a menudo en los marjales del pecado.

El 47,4 por 100 procuran evitar en su vida toda ofensa a Dios, por lo menos de una manera voluntaria y consciente. Pertenecen al 57 por 100 de los que antes nos han confesado que su actitud ante el pecado es evitatorio a toda costa.

Estos consideran el pecado venial, y esta es la razón de su actitud, como conducente al mortal. Los pecados veniales consentidos van enfriando el amor de Dios y esta tibieza es preludio de la ruptura total. Un 20 por 100 de alusiones lo ratifican. Para otros (11 por 100), el pecado venial es ofensa a Dios, una ingratitud y falta de amor, y esto les basta para evitarlo. También la existencia del purgatorio, como lugar de tormentos, espolea la generosidad de un 2,6 por 100. Otras razones influyentes son el deseo de ser mejores, vivir con más tranquilidad de conciencia, ganar más méritos para el cielo, etc. Con todo, muchos reconocen que «con frecuencia no se dan cuenta de que los cometen y además es difícil estar siempre sobre sí para hacerles frente».

«Sí, porque, aunque no nos aparten totalmente de Dios, nos dejan en un estado en el que es mucho más fácil caer en pecado mortal.»

«Procuro, pero casi siempre caigo en los mismos. Yo creo que predisponen al pecado mortal y es una manera de no querer del todo bien a Dios. Es una ingratitud.»

«Sí porque también ofenden a Dios, nuestro Padre, aunque menos que los mortales.»

«Procuro evitarlos, aunque me resulta difícil, porque si no los hago me siento más cerca de Dios.»

«Considero que una vida sin estos pecadillos gana muchos más méritos y menos purgatorio.»

«Los procuro evitar porque «un grano no hace granero, pero ayuda a su compañero» y «quien hace un cesto, hace ciento».

«Sí, debido a que los veniales son como la puerta de entrada de los mortales.»

«En cuanto me doy cuenta, puesto que nos conducen al pecado mortal, nos hacen ganar el infierno (?) y nos quitan la paz de la conciencia.»

Junto a éstos, existe un 38 por 100 de muchachos que no evitan el pecado venial, porque no son ofensa grave a Dios y no hacen perder la gracia (4,3 por 100). Otros ya tienen bastante trabajo con los mortales (2 por 100). Además, la dificultad en evitarlos corre parejas con la facilidad en cometerlos (2 por 100).

«No, en mi vida ordinaria no suelo hacer caso del pecado venial, por lo que lo descuido bastante, pues, como lo que me interesa es no ir al infierno...»

«No le queremos dar la importancia que en realidad tiene porque no se castigan tanto.»

«El pecado venial se comete tan a menudo que ya uno ni se da cuenta.»

«Procuro evitar los pecados veniales, pero a veces me parecen imposibles ya que me dejo llevar por el genio o por el deseo de venganza.»

«No, porque no puedo evitar ni los mortales.»

«No, porque no los considero como pecados.»

Un 10,6 por 100 de muchachos han dejado la pregunta sin responder. Y un 4 por 100 de las alusiones son ambivalentes. Responden con un «sí y no», con un «según la importancia, según el estado de ánimo». Veamos algunos casos especiales:

«Según cuáles, pues hay algunos que para evitarlos no precisan casi lucha.»

«Los procuro evitar en cuanto puedo, pero ya se sabe que hasta el santo cae siete veces al día; luego los que no somos santos...»

«Sí y no. Porque pienso siempre lo que pasó al matrimonio que mintió en tiempo de los apóstoles.»

«No mucho, puesto que aunque pienso que se han de evitar a toda costa, pienso también en que primero he de evitar toda mancha que sea mortal, puesto que si no, no ganaríamos nada con hacer pecados mortales y no hacer veniales.»

Esta lógica tan ingenua revela una «cosificación» de la gracia y del pecado. Sin duda, lo habremos percibido ya en más de una respuesta de los chicos. Esta materialización de la vida espiritual evidencia lagunas en nuestra catequesis, quizá por no haber buceado bastante en el misterio de nuestra inserción en la vida divina.

BALANCE FINAL Y PROBLEMÁTICA

Tres centros de interés emergen de la encuesta a la hora de hacer el balance: 1.º la **comprensión** o **idea**, que poseen los adolescentes, del pecado; 2.º el **sentimiento** que experimentan ante el pecado y después de la caída; 3.º la **conducta** moral, fruto de la actitud práctica ante el pecado y de la voluntad, robustecida por la gracia de Dios. Condicionamientos de esta conducta son las ocasiones de pecar, que ofrecen el mundo y la carne, instigados por el demonio, misterio de iniquidad. Todo ello sobre el cañamazo endeble de una sicología en evolución.

La **idea** que se han formado del pecado está dominada, en un 39 por 100 de chicos, por lo concreto e intuitivo: el infierno merecido. Y si les situamos ante los pecados veniales nos afirman que «conducen al mortal» (20 por 100). No es de extrañar esta visión más fáctica que teórica del pecado en adolescentes, pues viven en gran parte todavía de las convicciones adquiridas durante la infancia. Pero el despertar de su espíritu crítico nos exige mayor ahondamiento en las verdades religiosas.

Tres puntos-clave debe abordar la catequesis del pecado. La ofensa a Dios (aspecto más transcendente). El desorden introducido en la Iglesia, pueblo escogido de Dios (aspecto social de la culpa). Por fin, la pérdida o enfriamiento de nuestra amistad con Cristo (aspecto personal). Esta última faceta es la que mejor se aviene con la sicología del adolescente, aunque en la encuesta revelan los chicos mayor convencimiento hacia el aspecto transcendente. El sentido eclesial presenta un hiato en nuestra enseñanza religiosa. Esta catequesis del pecado aboca en la iniciación al misterio de la misericordia y de la reconciliación a través de la pastoral del sacramento de la Penitencia.

A esta catequesis es necesario preceda, al frisar la pubertad, una renovación consciente de las promesas del bautismo, ya que con la pubertad se abre un nuevo período de vida, con caracteres y sentimientos de nuevo cuño, que es preciso consagrar a Dios de modo más consciente y personal. A partir de la proclamación kerigmática, que ha de preceder a este acontecimiento, la vida cristiana del adolescente tomará nuevo sesgo, en consonancia con la mutación operada en su personalidad.

El balance de los **sentimientos** del adolescente ante el pecado es altamente positivo. El 57 por 100 «siente aborrecimiento y odio al pecado» en grado máximo («mucho»), y el 34 por 100 en grado intermedio. Pero lo más interesante es la motivación de estos sentimientos. Esta motivación podemos vislumbrarla en el análisis de los sentimientos dominantes después del pecado. (En esta cuestión volvemos a encontrar un 91 por 100 que se reparten entre los dos primeros grados. Esta vez sintiendo «desasosiego, inquietud y arrepentimiento religioso»). La gráfica arroja un 65,6 por 100 de sentimientos estrictamente religiosos: remordimiento, pesar por la ofensa inferida a Dios, odio al pecado, arrepentimiento y deseo de reconciliarse con Dios... Frente a este porcentaje de sana religiosidad, se alza el 27 por

100 de sentimientos naturales, que no podemos olvidar en la formación de las conciencias juveniles. Sobre todo en materia sexual, conviene suavizar la influencia de todo sentimiento de turbación o de culpabilidad; ya que arrastra veladamente una proliferación en los impulsos. De este modo, el inconsciente influye profundamente en la vida psicológica, con la posibilidad de que se produzca una auténtica fijación en este estado, que motiva la excesiva duración del período que abarca la intensa floración de esos instintos.

La cuestión acerca de «la necesidad de confesarse antes de comulgar» nos descubre una marea similar, en torno a conciencias batidas por reatos inconscientes de culpabilidad. El 26 por 100 siente necesidad de confesarse por afán de seguridad, de estar más tranquilos; o porque sus almas no acaban de encontrar la paz, ya sea por escrúpulos, ya por un temor indefinido que yace en sus corazones; o porque se creen obligados erróneamente a hacerlo. Todo ello postula una acendrada formación de las conciencias, que tenga en cuenta las taras psicológicas y constitutivas de esta cuarta parte de los adolescentes.

En el plano de la **conducta moral**, el problema que nos ocupa alcanza su crisis más profunda. El 58 por 100 abraza una actitud más o menos descendiente ante el pecado. Y el 57 por 100 no se siente capaz de mantenerse de ordinario en gracia, prescindiendo del 14 por 100 que no responden a la 6.ª pregunta. Este fracaso de la voluntad ha creado una conciencia de impotencia y debilidad ante el pecado. En concreto, ante el pecado sexual, en su triple faceta de actos, pensamientos y palabras (85,6 por 100 de alusiones). Desde el punto de vista exclusivamente moral el problema presenta caracteres insolubles, ya que de hecho sólo se ha logrado un dominio habitual de las propias pasiones en ambientes sumamente reducidos y esterilizados, como seminarios y casas de formación. Este problema exige un planteamiento a la vez médico y psicológico, puesto que existe, en este período de evolución, una falta de sincronización entre la vida emocional, las pasiones y la voluntad. La vida emocional se caracteriza por la ausencia de autoregulación. Las pasiones despiertan con fuerza inusitada, al par que abocan a una tiranía sin fronteras. La voluntad, sin la debida maduración y carente de seguridad en sí misma, es incapaz de resistir. Aunque, por otra parte, tiende a la autonomía propia, incluso en lucha con el medio ambiente.

La moral no puede orillar esta trama inserta en la naturaleza, y por lo tanto permitida por Dios. Siempre tendrá la última palabra, como portavoz de un sentido superior, sobrenatural, que orienta toda la vida humana hacia Dios. La solución que brinda la ética religiosa no puede ser una claudicación de principios. Pero sí podrá imprimir una orientación más acertada en la dirección de la conciencia de los adolescentes. Se precisa una pedagogía de la voluntad, del dominio paulatino de los propios impulsos, hacia una personalidad integral y equilibrada, pero sin crear problemas insolubles con sentimientos de culpabilidad anómalos.

Este despliegue de la personalidad entronca con la perfección sobrenatu-

ral que Dios ha querido imprimir en la naturaleza humana. Pero la gracia no destruye la naturaleza, sino que la eleva y le abre posibilidades incommensurables. Estos fines últimos, por perennes y divinos, son los más influyentes en toda pedagogía religiosa, aún desde el punto de vista psicológico. Con la ventaja que aporta la doble temporalidad de las realidades cristianas: todo acontecimiento actual posee su horizonte escatológico. Así la oración y los sacramentos son los medios de santificación que concretizan la realización en el más allá de los fines últimos, que nos abocan a la comunión amorosa con el Dios Trinitario. El 77 por 100 de nuestros adolescentes siente esta eficacia superior de los medios sobrenaturales.

Pero Dios quiere también que aportemos soluciones humanas a los problemas que plantea la naturaleza: educación especializada, vigilancia y orientación sobre las compañías, el trabajo y el deporte —preservativos de ocasiones superfluas— formación de la voluntad... por no citar más que los medios naturales que han merecido el reconocimiento de los muchachos.

La psicología y pedagogía deben estar al servicio de una pastoral de conjunto, que refrende la pedagogía de la lucha por vivir en gracia, la iniciación y educación sexual adaptada a la edad, la formación de la conciencia y del sentido de culpabilidad, y la pastoral de la confesión.

Problemática a resolver, conscientes de las dificultades que acechan a nuestros adolescentes en el marco ambiental: Malas compañías y conversaciones inconvenientes (33 por 100 sobre el 50 por 100), fracasos escolares que favorecen la búsqueda de evasiones prohibidas, el despertar de las pasiones, el cine, las chicas... incentivos y ocasiones conocidos de todos. El verano presenta virulencia peculiar (92 por 100), debido, sobre todo, a la falta de reglamentación escolar que aleje la ociosidad (46,6 por 100), a causas propiamente estivales (38 por 100), y al descuido de la oración y contacto sacramental con Cristo (9,6 por 100).

Este breve balance del sondeo realizado con alumnos de 5.º de Bachillerato, y la problemática que plantea, exigen una pastoral acerca del pecado en la adolescencia que todavía está lejos de estructurarse, pero cuya urgencia es cada día mayor. Dios quiera que nuestros tiempos, que han visto nacer en el plano científico la pedagogía diferencial y son testigos de una renovación en la pedagogía religiosa, nos ofrezcan esta pastoral sobre el pecado en la adolescencia, que hoy por hoy no es más que un sueño.

Jorge OLIVA, f.s.c.